

una nación católica, y proteger la Fe de tus súbditos, y hasta puede que te cononicen por ello. No tenemos como patrón a un mártir de tiempos de persecución, ni a un evangelizador de tiempos de ignorancia. Tenemos como patrón a un santo medieval, y eso nos recuerda que "la civilización no está por inventar ni la nueva ciudad por construir en las nubes. Ha existido, existe: es la civilización cristiana, es la ciudad católica". Demostremos nuestro júbilo ante esta realidad en el Jubileo del 2000.

Y no os canso más. Sólo vuelvo, otra vez, mi mirada al Santo Rey para pedirle, con fe y con esperanza: San Fernando, ruega por nosotros.

DISCURSO DE ANTONIO MUÑOZ JUNGUITO SAN FERNANDO, CABALLERO DE SANTA MARÍA

Para alguien, natural de la Andalucía que baña el Guadalquivir, la figura de San Fernando no es la de un personaje conocido en los libros de historia, es alguien que vive en mi memoria desde la más tierna infancia. La capilla del Santísimo, en la parroquia de mi pueblo, posee una imagen de la Virgen de Valme, y en una de sus paredes, un fresco en el que se puede observar a San Fernando arrodillado delante de dicha imagen; y a su lado una estatua del santo, de pie, elevando sus ojos al cielo en actitud oferente. Ambas imágenes nos presentan a San Fernando con la corona real en sus sienes y vestido de cota de mallas; la estatua, blandiendo una espada en su mano derecha y el fresco, haciendo esperar al escudero mientras éste sujeta al caballo de batalla y sostiene el yelmo.

Cuando de pequeño acompañaba a mi padre al sagrario y le preguntaba quién era ese rey que estaba junto a la virgen, su respuesta era: "San Fernando, el que conquistó Sevilla a los moros". Por todo ello, mi imagen infantil del santo, era la de un rey guerrero que dedicó toda su vida a batallar para reconquistar Andalucía.

En la adolescencia cayó en mis manos una biografía del rey santo; en esta obra la representación más numerosa del Rey

Santo es: con la cota de mallas, su espada "Lobera" al cinto, y en bastantes más, aparece cabalgando sin cesar.

Asimismo destaca sobremanera, la presencia de la Santísima Virgen en sus páginas; desde su nacimiento a su entierro.

Todo lo anterior grabó a fuego una imagen inseparable de santidad vestida de cota de mallas, en incansable actividad y con sincera devoción a la Madre de Dios.

Al llegar a este punto de mis palabras, mi primera intención era empezar a desgarnar las diversas virtudes caballerescas de acuerdo a algún tratado clásico (Raimundo Lulio, por ejemplo) y ver cómo éstas se plasmaban en la actividad del rey; pero leyendo Ortodoxia, de Chesterton, y llenándome de entusiasmo al verle hablar de imaginación, poesía, hadas... frente al frío racionalismo y materialismo, me dije que de lo que quiero seguir hablando es del San Fernando de mi juventud.

Del Santo niño que conoce una fe, a la que es fiel hasta su muerte; y que aprende unas devociones a las que nunca deja de invocar; al guerrero que tras cruzar Sierra Morena en 1224 no descansa al servicio de la Cruz hasta alcanzar la desembocadura del Guadalquivir.

Su imagen siempre va a caballo; desde los secos riscos de Jaén a las verdes marismas del Guadalquivir, con los gallardetes tremolando en el azul cielo andaluz, el sol brillando en el capacete de su cabeza. No es un héroe imaginario de libros de caballerías, no es un justador afortunado, es el campeón de nuestra fe, en nuestra España; su vida la llena, la agota, ese servir a la mejor causa. Su preocupación es el Reino de Cristo y así rezará un día: "Señor, tu sabes que no busco la gloria perecedera, sino la de tu nombre".

Y esa imagen solo descabalgua para, como "bien nacido ser agradecido", arrodillarse delante de su más seguro refugio, Nuestra Señora. No le puedo recordar sin acudir a mi mente el nombre de sus "vírgenes", de los Reyes, de las Batallas. La Iglesia, al colocar su fiesta en el calendario, tuvo que ponerla en mayo, el mes dedicado a la dama de este caballero de Santa María. Y no podía ser menos cuando su vida está llena de hechos íntimamente relacionados con advocaciones de la Virgen. Cuando a los diez

años enferma, Santa María de Oña; al ser proclamado rey a los diecisiete, Santa María la Real de las Huelgas; donde dos años después es armado caballero; en la entrada triunfal en Sevilla, la Virgen de la Sede, de las Batallas, de Valme (la de mi pueblo), y de los Reyes.

Y como gobernante católico, a éstas rinde su estandarte, sus pendones; pero no solo eso, levanta catedrales (Burgos, Toledo), crea Universidades, legisla según los preceptos de la Iglesia, devuelve a la Cristiandad: Andújar, Baeza, Úbeda, Córdoba, Murcia, Jaén, Sevilla, Jerez, Sanlúcar... siendo generoso con los vencidos, a los cuales respeta vida y haciendas; y enseña a su heredero que su obligación es continuar su obra ad maiorem Dei gloria.

Este es mi Santo Rey Fernando; espejo de caballeros, venerable santo y ejemplar gobernante cristiano, cuyo cuerpo los sevillanos pueden ver hoy al abrirse su sepulcro, que, como había de ser, está a los pies de su Virgen de los Reyes.

Este año se conmemora que hace cuatro siglos vino a este mundo don Pedro Calderón de la Barca, el cual, aunque los fastos actuales quieran "racionalizarle" y "europeizarle", es nuestro "gran dramaturgo sintético del catolicismo" que "recoge para la poesía la gran época de los teólogos españoles", en palabras de Valbuena Prat. Puen bien, él tuvo que dedicar un auto sacramental a nuestro patrono; en El santo rey don Fernando, el rey con el soporte de la Iglesia, disputa en pro de nuestra fe frente a la herejía y los infieles, utilizando el barroco lenguaje de Calderón. Aprovecho esta ocasión para animaros a la lectura de los Autos sacramentales, obra maestra de nuestra catolicidad.

A nuestro santo ese incesante batallar por la cruz le va desgastando, y le llega el momento de la muerte, y aquí vuelve a aparecer la iglesia de mi pueblo; en su sacristía hay un fresco que representa al santo, arrojándose de la cama para arrodillarse ante el viático que el sacerdote le lleva. A pesar de su dolor, hace lo que su corazón le dice, "estoy en presencia de Dios, y ante Él sólo cabe una actitud, postrarse y adorarle"; hasta el final el rey es ejemplar.

Confío que esta breve descripción del Rey Santo de mi juventud, aporte algo más, como cada año, a nuestro conocimiento de

la figura ejemplar, patrono de los "Caballeros de la Ciudad Católica".

Y no puedo terminar sin dejar de copiar un párrafo de ese libro de mi adolescencia, que estos días he releído, para que nos sirva de meditación y estímulo, y cuando nos preguntemos por la razón de nuestra acción contestemos como el entonces niño a su madre: "...pienso que Cristo está dentro de mí, y cierro los ojos para decir que Él es mi rey y yo queremos ser su caballero. Quiero sufrir trabajos por él en tierra de infieles y que su Madre la Gloriosa, es la mía Señora".

LAS XI JORNADAS DE LA UNIDAD CATÓLICA DE LOS SEGLARES CATÓLICOS ESPAÑOLES

Se han celebrado en Zaragoza, los días 28, 29 y 30 de abril de 2000. Están promovidas y alimentadas por las Uniones Seglares de toda España, y en especial por la de Navarra, aglutinada por el M. I. Sr. don José Ignacio Dallo en torno a la revista *Siempre P'Alante*, que hace unos meses ha editado su número cuatrocientos. Haber alcanzado estas Jornadas su edición undécima invita a situar antes de su crónica estricta un breve comentario sobre el conjunto de las mismas.

En esta nación nuestra de talante emocional e inestable, es frecuente que algunos movimientos tengan cursos intermitentes, como el Guadiana, con épocas de desaparición alternando con otras de desbordamiento. Ahora, este movimiento de reconquista de la Unidad Católica de España, que jalonan estas Jornadas, está en fase de exaltación.

Nació en el Monasterio de La Oliva, en Navarra, el día de Santiago de 1964. Allí estaba un grupo de jefes de requetés, preocupados por las amenazas que en el Concilio en curso se cernían sobre la unidad católica de España (1). Como remedio, pen-

(1) Entendiendo por tal una situación jurídica en la que coinciden la confesionalidad católica del Estado y una interpretación restrictiva de la libertad para las religiones falsas a tenor de la redacción primitiva del artículo 6.º del *Fuero de los Españoles*, durante tantos años bendecida por la Iglesia.